

EL NIÑO SORDO: SU PROBLEMÁTICA - EL ROL DEL PROFESOR DE SORDOS

María Haydée Cáceres

La problemática del niño sordo es harto compleja en sí misma, y abocarse a resolver en su totalidad el problema de la educación del niño sordo es un desafío que deben afrontar a diario quienes trabajan en este campo de la educación especial.

Mucho se ha discutido y analizado acerca de la mejor manera de dar una solución satisfactoria a la educación de estos discapacitados, desde épocas bien remotas.

En la actualidad siguen enfrentadas en el campo de la educación del niño sordo, dos corrientes tremendamente fuertes y tan antiguas como el conocimiento de la posibilidad de su educación: la corriente oralista y la corriente manualista, representada por el **Método de comunicación total**. Los que propician este método para educar a niños sordos, con Gallaudet College a la cabeza, extienden su influencia no sólo en Estados Unidos, sino en América Latina y en Europa. Evidentemente, los resultados de las escuelas pseudo-orales ofrecen el campo más propicio para que los profesores manualistas y los sordos mismos opinen que es poco lo que el oralismo puede hacer por la educación de estos niños.

También existe en la actualidad otra corriente que propicia la utilización del **bilingüismo** como forma de enfocar la educación del niño sordo. Se entiende por **bilingüismo** el hecho de que el niño sordo esté expuesto, durante un período del día, a un **código de señas** que se asocia con la realidad y en el período opuesto al **lenguaje hablado**.

Vale decir que el niño sordo es expuesto a dos códigos diferentes que describen una misma realidad. Uno de los dos códigos se establecerá como lengua materna y es con ese código que aprenderá y desarrollará su capacidad de pensar.

Educar a un niño sordo por y a través del **método oral** es un largo camino por el que educador y educando han de transitar por largo tiempo. Es una ardua tarea para el binomio educador-educando. Un profesor de sordos debe ser un educador que constantemente produzca actos de habla que des-

criban las realidades que vive el niño y ve vivir. Debe estimular al niño para que produzca él también actos de habla. Una lengua sólo se aprende hablando y pensando en los términos de esa lengua.

Esa tarea tan exigente es causal de que algunos profesores abandonen el camino emprendido. Ello también es un logro para los que propician un método de comunicación gestual.

La educación oral del niño sordo exige del educador un contacto constante con disciplinas que guardan relación con esta educación especial: la lingüística; la psicología; la fonética aplicada; la audiolología; la didáctica del lenguaje y todo lo que hace al proceso de la comunicación y a la informática. De ahí la complejidad del proceso educativo al cual nos estamos refiriendo. El profesor de sordos debe conocer el QUE, el COMO y el PORQUE.

Aprender a hablar es aprender a vivir. Enseñar a hablar es enseñar a vivir. Aprender a hablar es aprender a pensar, a actuar de una manera muy especial y ello no es tarea fácil ni para el niño y su familia ni para el educador.

Dentro de la **corriente oralista** existen también dos corrientes muy fuertes y opuestas desde largo tiempo atrás. Por un lado están los que propician que el niño sordo convenientemente equipado con una prótesis auditiva debe educarse en la escuela primaria común, previa preparación en cuanto al lenguaje hablado se refiere, que le brindará un lenguaje básico, y continuar con un trabajo de apoyo de un profesor de sordos, en el mejor de los casos, y de la madre. Esta última tendencia ha sido designada en los últimos tiempos como una corriente moderna e innovadora, pero en realidad ha sido motivo de discusión y figura en los anales que historian la educación del sordo desde hace largos años. Por otro lado están los que piensan que el niño sordo debe ser educado en un instituto o escuela cuya **filosofía educacional** sea la **filosofía oral** practicada por todos y cada uno de los que integran la comunidad escolar y apoyada por el núcleo familiar del pequeño bebé o niño sordo, y preparar a ese niño para que se convierta en un adolescente que pueda comunicarse haciendo uso del lenguaje hablado y que lo utilice como un instrumento para acceder a otros aprendizajes en el ciclo secundario, integrado ya a la comunidad oyente. El objetivo final de la educación es lograr la integración del sordo a la comunidad mayoritaria de su entorno: vale decir, a la comunidad oyente.

Muchas veces los adultos, obnubilados por nuestras posiciones filosófico-educacionales, nos olvidamos de lo que es un niño sordo y pensamos que lo mejor para ellos es aquello que nosotros, desde nuestra posición mental de adultos, pensamos que es conveniente, y ello puede ser injusto para el niño, a quien exponemos a veces a algo que no puede enfrentar.

Para poder compenetrarnos con lo que significa para un niño sordo apren-

der a hablar, es importante que nos detengamos a analizar cada uno de los distintos handicaps que tiene el niño sordo.

El handicap que surge en forma evidente es la **mudez**. Es la falta de la palabra, que no es más que una modalidad de expresión de lenguaje hablado, que a su vez comprende un vocabulario y unas reglas de correspondencia entre vocablos de ese vocabulario y los objetos que designan, además de diversas reglas de combinación entre dichos vocablos: es decir, la sintaxis. El dominio de esas reglas sintácticas, las asociaciones correctas entre **significante** y significado, le permiten al niño oyente utilizar la lengua de su entorno como instrumento de expresión y de comunicación eficaz.

El niño oyente adquirió los significados de la lengua oyendo hablar desde el mismo momento en que nació. Aprendió a hablar practicando la lengua, ejecutando actos de habla, por imitación, puesto que está inmerso en un mundo de palabras, aun cuando su madre no se dirige a él directamente.

Oyó casi durante un año y medio ese maravilloso instrumento de comunicación que articulaba realidades, para poder empezar a utilizarlo de acuerdo a sus capacidades y posibilidades para comunicarse, comunicar cosas y afectar así al medio circundante.

El niño deficiente auditivo profundo presenta en cambio la **mudez**, una ausencia total de lenguaje hablado. Puede producir algunas emisiones vocálicas, como gritos, sollozos, etc, que no afectan el nivel de ajuste a los fenómenos de la comunicación. El niño sordo deberá aprender el lenguaje hablado a través de un largo y lento proceso, porque el acceso al lenguaje hablado no le es espontáneo y por su déficit auditivo se encuentra al margen del mundo de los sonidos del lenguaje y aun con el mejor audífono, no llega a **integrar** el lenguaje hablado, si no se realiza una enseñanza bien organizada y planificada.

Ahora bien, todo lenguaje es artificial y arbitrario y por falta de uso y de práctica constante lo es mucho más para el niño sordo, ya que por su handicap auditivo no puede estar constantemente inmerso en un mundo de palabras que facilitarían una **realimentación**, entre comillas, constante del sistema lingüístico.

Decimos **realimentación**, entre comillas, porque todo profesor de sordos sabe que con respecto al lenguaje hablado, el niño sordo está vacío de significados.

Aprender una lengua no significa para ese niño aprender a rotular con nombres las cosas que lo rodean, sino aprender a organizar la realidad de una manera muy especial; en otras palabras, aprender a articular la realidad con el lenguaje hablado. En la adquisición del vocabulario, la palabra irá asociada a la idea expresada por esa palabra. Cuando se trata de objetos y acciones

concretas la evocación de la idea partirá de la percepción de esos objetos o acciones y de la palabra. Tal el caso de "leche", "carne", en el primer caso, y de "corrió", "saltó", etc. en el segundo caso. O bien de la percepción de formas reducidas e imágenes. Esta etapa se enlaza con otra etapa que le sigue, cuando tratamos de enseñar significados como: ayer; hoy; es ficticio; etc. Se hace necesaria la percepción en serie de situaciones, de escenas, para destacar el carácter común que constituye la idea. Más tarde aparece la enseñanza y evocación de la idea por definición verbal. Todo este aprendizaje tiene su tiempo para ser asimilado y su tiempo para que el niño automatice con el uso ese vocabulario.

Todo este proceso no se realiza por el simple hecho de colocarle un audífono al niño sordo y enseñarle palabras durante una hora, varias veces por semana. Suponerlo tan sólo pone de manifiesto todo lo que ignoramos con respecto a lo que es una lengua, cómo se adquiere y cuánto tiempo tuvo que estar expuesto a ella el niño oyente para poder producir el primer hecho de locutorio.

A la edad de 3 años, aun habiendo iniciado su educación oral antes del año de vida, el lenguaje hablado de un niño sordo profundo es pobre en vocabulario y manejo de estructuras sintácticas. Establece la comunicación oral prácticamente a través de la "palabra frase", etapa que hace rato ha abandonado el niño oyente de su misma edad. Utiliza algunas estructuras sintácticas simples, por estar frecuentemente expuesto a ellas. Desde el punto de vista de la articulación se comunica a través de esbozos articulatorios inteligibles. Poco a poco va adquiriendo los sonidos del habla, por un trabajo paralelo de enseñanza de articulación. Presenta pues un profundo atraso en la adquisición del lenguaje hablado. Ese desfase se irá angostando en la medida en que progrese en su educación oral, en que practique la lengua que está aprendiendo y en que la lectura entre a su mundo para enriquecer su lenguaje y abrirle horizontes que sólo ella, debido a su handicap, le podrá brindar.

El niño sordo con una **excelente educación**, vale decir, habiendo iniciado su educación oral desde los primeros meses de vida en **Estimulación temprana**, habiendo cumplido con el ciclo de **Escuela Maternal** y de **Jardín de Infantes**, llega a los seis años con un vocabulario que le permite comunicarse con cierta soltura, con una lectura labio-facial acorde con su nivel de vocabulario; pero éste nunca se podrá equiparar con el nivel de vocabulario de un niño oyente de su misma edad, potencial intelectual y similar medio socio cultural.

Pellet estudió el nivel de vocabulario entre niños sordos y oyentes y ese estudio puso de manifiesto una acusada deficiencia en el niño sordo.

El niño oyente ingresa a la escuela primaria con un vocabulario que le

permite establecer sin problemas la comunicación oral y, lo que es esencial, adaptar su conducta social y acceder a todos los aprendizajes programados en el curriculum escolar. El niño sordo, aun con una excelente educación, llega con un lenguaje limitado para hacer los mismos aprendizajes que el niño oyente. ¿Es ello posible?

Pensamos que no, pues el instrumento que le permitirá acceder a esos aprendizajes es pobre. Uno de los más serios problemas con que se enfrentará será la **lectura**: no nos referimos a la adquisición del **proceso de descifrado**, proceso que nuestros niños sordos adquieren antes que el niño oyente, **merced a que utilizamos la lecto-escritura y la lectura como un reforzador del lenguaje hablado, insustituible.**

En el niño oyente el primer paso en el proceso de aprendizaje del lenguaje hablado es **escuchar**. El niño necesita oír el lenguaje hablado **antes de hablar**. Ya hemos hecho mención del tiempo que está oyendo el habla de su entorno e imitando el lenguaje, reproduciendo, no palabras, sino estructuras rítmicas asociadas a significados. El niño sordo no tiene ni el tiempo, ni el mismo número de oportunidades para ver y oír de acuerdo a su umbral de audición, el lenguaje asociado a realidades, y tratar de imitarlo. La adquisición del lenguaje es para él una carrera contra el tiempo. En el mejor de los casos, aprender a hablar le llevará muchos años.

El segundo paso es **hablar**. La verbalización es fundamental para que el niño oyente pueda **asimilar lo aprendido** y ponga en acción el proceso de pensar.

El niño sordo también debe verbalizar para asimilar lo aprendido y para **aprender a pensar** en términos de lenguaje hablado y para que ese lenguaje **despierte en él** nuevos pensamientos. La diferencia está en que **permanecerá durante mucho tiempo** en esta etapa pues para él todo es motivo de aprendizaje, ya que está adquiriendo la lengua de su entorno.

El tercer paso es **leer**, proceso que se acompaña con la escritura.

Hoy en día ya nadie pone en duda que para aprender a leer son necesarios dos requisitos: a) tener lenguaje hablado y b) tener experiencias.

Sin ellos no se puede hablar de aprendizaje de la lectura, a menos que se tome por lectura solo el primer paso: el **descifrado**, vale decir el reconocimiento de la asociación grafema-fonema. Sólo así se comprende que se pueda decir que un niño lee pero que no comprende lo que lee. Por esta etapa pasa el niño oyente, etapa que es superada cuando domina el descifrado y es bien conducido el **programa de lectura**. No sucede lo mismo con el niño sordo, quien se enfrenta no a un problema de descifrado, sino a uno de significados de la lengua. El niño sordo debe adquirir el instrumento que le permita acceder a la lectura. Preparar al niño sordo para que **adquiera la lectura** es

brindarle el medio que no sólo enriquecerá su lenguaje, sino que se constituirá en el único medio de información al que puede recurrir sin limitación alguna.

Handicap Social

Desde el punto de vista social, es sabido que la sordera crea un aislamiento de naturaleza mecánica al que se une otro tipo de aislamiento, el que conlleva el hecho de que el niño sordo está privado del instrumento que facilita y favorece la sociabilización con el medio oyente, y que le permite estar en comunicación con él constantemente. El niño oyente sigue en contacto con su madre aun cuando ésta no se encuentre delante de sus ojos.

La oye desplazarse, oye que le habla para que no se sienta aislado, por los ruidos que le son familiares advierte que se ocupan de él. Todo ello, todas esas conductas lingüísticas y auditivas van generando en el niño oyente seguridad y confianza. El niño sordo no puede desarrollar ese sentimiento de seguridad tal como lo desarrolla el niño oyente. Necesita de la presencia física constante de su madre para sentirse seguro y a su vez ésta depende físicamente de él para poder establecer la comunicación. La madre de un niño oyente puede conversar con su hijo al tiempo que desempeña otras tareas, aun cuando éste no la vea. La madre de un niño sordo debe dejar de lado toda actividad y ponerse frente a él para poder conversar.

Si el niño oyente se siente inseguro a los seis años al ingresar a la escuela primaria, mucho más inseguro se siente el niño con una sordera profunda, pues no puede oír la voz de la maestra, ni comprender el lenguaje que ésta utiliza. No ha podido desarrollar aún todas las actitudes lingüísticas, ni las aptitudes que reforzarán su personalidad y le permitirán enfrentarse y ubicarse en el mundo de los oyentes. Muchas veces la madre permanece en el aula prolongando la actitud de sobreprotección que se tiene con el niño en el nivel pre-escolar.

Mediante el oír los refuerzos negativos o positivos, el niño oyente aprende acerca de las **prohibiciones**, aprende a adaptar su conducta frente a los demás, aprende aun cuando él no es el protagonista. En cambio el niño sordo, si no es el protagonista del hecho, necesita que se le indique cada vez, sea con refuerzos negativos o positivos, la actitud que debe asumir o la conducta que corresponde a cada situación. El niño oyente aprende en cualquier situación, aun cuando no se lo propone, **aprende gratuitamente**. Al niño sordo, todo hay que enseñárselo, y los que trabajamos con niños pre-adolescentes y adolescentes sabemos cuánto de verdad hay en ello. A menudo, informacio-

nes que nos parecen obvias son ignoradas por el niño sordo, porque no le fueron dadas directamente.

El lenguaje hablado es el instrumento que le permite al niño oyente comunicarse; al comunicarse se integra al medio social; al socializarse, el contacto con los demás modifica su conducta y aprende a adaptarse al medio. De modo que al llegar a los seis años está generalmente, física, mental y socialmente maduro para ingresar a la escuela primaria, lo que no sucede con el niño sordo.

Lo expuesto y la realidad observada nos hacen ser escépticos en cuanto a la integración del niño sordo en el primer grado de la escuela primaria común, cuando precisamente el instrumento que permitirá establecer la comunicación no está desarrollado como para que se efectúe una integración utilizando ese medio y no otro tipo de comunicación.

Si bien el lenguaje hablado no es esencial para establecer la comunicación, cuando el niño está en la etapa egocéntrica, pues no le interesa comunicarse verbalmente, a medida que sale de esa etapa y empieza a sociabilizarse, el lenguaje empieza a desempeñar un rol de primerísima importancia. A los seis años el niño está en plena etapa de sociabilización, de modo que el lenguaje desempeña un rol protagónico en su vida. La conversación juega un papel importante entre los niños y sólo se puede conversar cuando una lengua está lo suficientemente automatizada y el nivel de vocabulario es el conveniente.

Lograr que el niño sordo converse y exponga libremente su pensamiento es el objetivo fundamental de la escuela especializada de niños sordos.

Un niño que conversa, piensa. En nuestra experiencia como educadores hemos incorporado niños sordos a la escuela primaria común en un nivel de quinto grado, cuando hemos considerado que el nivel de lenguaje era tal que la comunicación social no se iba a ver perturbada, y el nivel de conocimientos estaba por encima de las exigencias del grado en el cual era emplazado, a fin de que el niño desarrollara seguridad y confianza y al mismo tiempo despertara en el grupo de niños oyentes un rápido sentimiento de aceptación basado en el respeto.

En esos casos hemos contado con una madre excepcional que iba a reforzar y apoyar al niño en los aspectos que fuera necesario. Pero sabíamos que el niño estaba preparado para integrarse de una manera activa y no pasiva.

Otras veces hemos debido integrar a niños que no estaban en condiciones óptimas, por necesidad de desplazamiento laboral de los padres y por no haber en el lugar de destino una escuela especializada oral en la cual se pudiera ubicar al educando en el nivel que correspondía, a fin de que pudiera continuar sus estudios.

Proceso intelectual

Estudios realizados entre niños sordos y niños oyentes permiten establecer las relaciones que existen entre **lenguaje y pensamiento** y destacar el rol importante que juega el lenguaje en el desarrollo del pensamiento.

Hemos dicho a lo largo de esta exposición repetidas veces que el lenguaje es un instrumento. Este instrumento permite poner en orden los acontecimientos, su almacenamiento, lo que permite el aprendizaje, y su evocación. Permite la confrontación de distintos puntos de vista que ayudan a la comprensión del niño. El niño que emplea la palabra, adquiere el hábito de usar la lengua de diferente forma y en distintas situaciones. De ello se desprende que frente a determinadas tareas hay actitudes que son típicas de un enfoque y manejo verbal de la situación.

La escuela especializada a lo largo de todos sus ciclos debe utilizar el lenguaje hablado para que el niño pueda llegar al desarrollo del **pensamiento verbal** de acuerdo a la capacidad de cada educando. Desarrollar el lenguaje hablado es un medio: el **fin de la educación oral** en la escuela especializada es lograr que los niños accedan al **pensamiento lógico**. No todos lo logran, pero las limitaciones son puestas por los potenciales de los educandos, nunca por el educador. La escuela debe ser una institución que **enseña a pensar**.

Si se nos preguntara qué momentos del horario escolar se dedican a desarrollar la capacidad de pensar en los educandos, la respuesta sería **todo el tiempo**, en Escuela Maternal, en Jardín de Infantes y en Escuela Primaria.

Los objetivos de la educación oral en la escuela especializada apuntan a la esfera de la comunicación oral y escrita, a la adecuación social dentro del medio en que debe vivir, al desarrollo de una personalidad lo suficientemente equilibrada que le permita afrontar el vivir y el convivir y al logro de una buena evolución del pensamiento.

Estos objetivos son accesibles si el niño sordo inicia su educación lo más tempranamente posible. Hemos iniciado la educación oral de niños sordos a los seis meses de edad. Los padres de esos niños ingresan a la **Escuela de Padres**, donde son orientados y dirigidos por profesoras especializadas en ese campo, luego de realizados los estudios correspondientes en el Gabinete médico, psicopedagógico y audiológico. Los niños son equipados con audífonos a fin de aprovechar su audición residual y despertar una actitud positiva ante el sonido. A los dos años ingresan a la **Escuela Maternal** y luego al ciclo de **Jardín de Infantes** en donde continúa el aprendizaje del lenguaje hablado y se inicia el aprendizaje de la lecto-escritura. El niño aprende a comunicarse, aprende a usar el lenguaje para conversar y para pensar. Esos niños que han desarrollado la capacidad de conversar, que inician y mantie-

en una conversación, ya están pensando, están desarrollando un pensamiento verbal; los otros, los que sólo hablan cuando se los interroga o desean algo, están aprendiendo a hablar. Si llegarán a desarrollar un pensamiento verbal y luego un pensamiento lógico, sólo el tiempo lo dirá. Tendrán todas las oportunidades para lograrlo, pero dependerá de su capacidad llegar a ese nivel. La lecto-escritura ya se ha asentado, pero el trabajo con lectura continuará durante largo tiempo, durante todo el tiempo que continúe el aprendizaje de la lengua, hasta que llegue el momento en que leer no sea una obligación. La lectura se convertirá entonces en un medio para aprender cosas nuevas.

Con todo ese bagaje de conocimientos ingresa el niño sordo a la escuela primaria especializada en donde continuará el aprendizaje del lenguaje hablado.

La Conversación, la Lectura, la Redacción y las Ciencias ocuparán un lugar importante en el horario escolar. Matemática y Gramática también, pues ambas disciplinas conducen al desarrollo del pensamiento lógico. Actualmente Computación también ocupa un lugar en el horario escolar.

Lo expuesto constituye la Regla General en cuanto a la educación del niño sordo se refiere, pero toda regla tiene su excepción y esa excepción la constituye el niño sordo que con éxito concurre a la escuela primaria común de niños oyentes ayudado y guiado por una profesora de sordos.

Como se podrá apreciar, la responsabilidad de la educación del niño sordo recae sobre la profesora de sordos, quien no sólo deberá ocuparse de llevar adelante el proceso educativo, sino también de orientar y guiar a los padres de ese niño durante el tiempo que sea necesario, para que se constituyan en elementos positivos en su educación. También le competará a la profesora de sordos informar a la comunidad para que ésta se interiorice del problema y se convierta en un elemento que contribuya a la sociabilización del niño o adolescente sordo.

Por lo dicho se desprende la importancia que tiene la formación del profesional que se ocupará de la educación de niños sordos. Ese profesional no sólo deberá recibir una formación científica de excelencia, sino una formación ética también de excelencia pues tratará con seres humanos, cuyo futuro, en gran medida, dependerá de lo que la educación haya hecho de él.

Bibliografía

- AJURIAGUERRA J. de. Desordres psychopathologiques chez l'enfant sourd.
 ABENSUR, J. Psychiatrie de l'enfant, 1972.
 BARTIN, M. Surdit  et developpement operatoire, Universidad Burdeos, 1975.

40 - ENSAYOS

BERLO K.D. El proceso de la comunicación.

CACERES Haydée. Enseñanza del lenguaje al niño sordo, 1982

CACERES Haydée. Didáctica de la lectura, San José de Costa Rica, 1982

FRANCESCATO, G. El lenguaje infantil, Editorial Península.

LURIA, A.R. El papel del lenguaje en el desarrollo de la conducta, Editorial Teknos.

MYKLEBUS, H. The psychology of deafness, N.Y., Grune-Stratton, 1960.

OLERON, P. Langage et developpment mental, Bruselas, Dessart, 1972.

PAPERT SEYMOUR. Desafío a la mente. Editorial Galápagos, 1983.

VAN UDEN, A. A world of language for deaf children.

WALLON, H. Los orígenes del pensamiento en el niño, Editorial Lautaro.